

IMAGEN Y POLORCÉTICA

Con sus compactos volúmenes y sus nítidos perfiles recortándose sobre la vertiente norte de Sierra Nevada, el castillo se levanta sobre la parte más elevada de un cerro amesetado de 1.247 metros de altura que domina el altiplano de Guadix y las villas del Marquesado del Cenete. Se trata, en efecto, de un castillo montano, asomándose tres de sus cortinas a pendientes abruptas y la septentrional a la meseta por la que se prolonga la colina.



Castillo de La Calahorra. Foto: Miguel Vidal

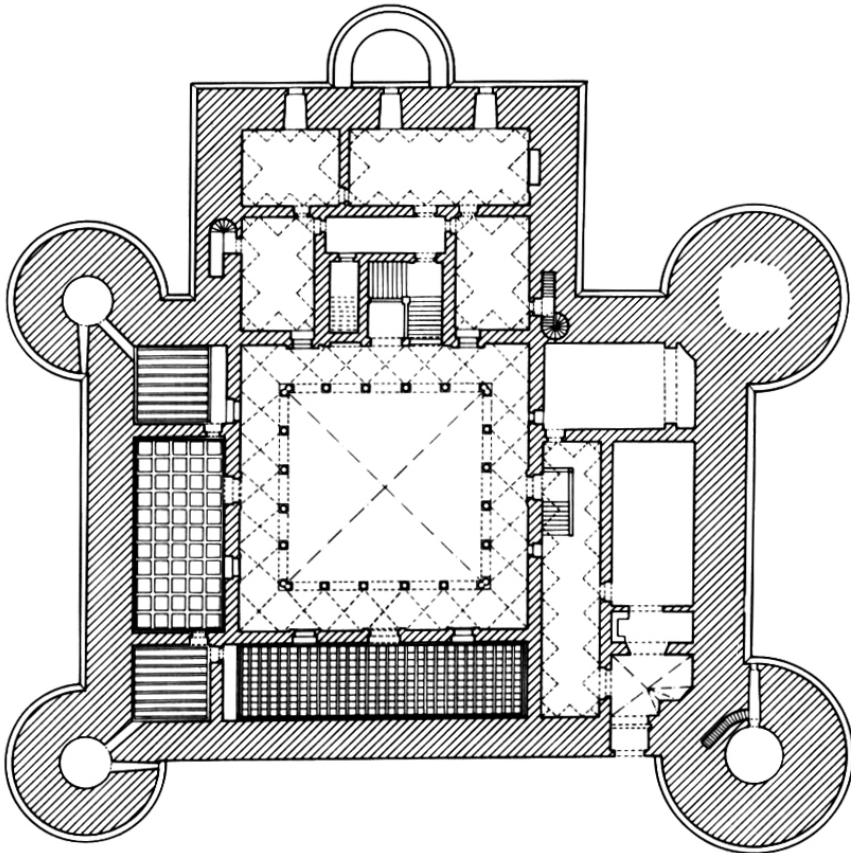
Para su construcción hubo de desmantelarse el castillo árabe preexistente, una fortaleza de cremallera, seguramente la más grande de la comarca, que en una primera fase (siglo X) se extendería por todo el cerro, identificándose en una más reciente con un torreón cuadrangular de grandes dimensiones levantado en el extremo norte (Martín Civantos, 2001-2002). Los muros del castillo cristiano se alzan con una mezcla de mampostería careada y sillarejos aglomerados con mortero de cal. La piedra utilizada, una caliza gris oscura, fue extraída del mismo cerro. Buena parte de la fortaleza se yergue sobre la



Alambor de la torre sureste. Foto: Miguel Ángel León

propia cantera (Guardia *et al.*, 2013), identificándose en el arranque de muros y torres los estratos pétreos tallados de forma alamborada.

Según E. Cooper (1991) la imagen es la de un castillo tardogótico centro-castellano, si bien desprovisto de una torre del homenaje dominante. Su planta resulta de una gran regularidad, básicamente un rectángulo de 46,50 x 32 m. con cubos en los ángulos. Este tipo de planta tiene en Castilla lejanos precedentes y una serie de jalones que se suceden hasta el siglo XVI. Entre aquellos cabe destacar el castillo Mendoza en Álava, del primer tercio del siglo XIII, solar que daría nombre a la noble familia a la que pertenece el propietario del nuestro. Los conquenses de Garcimuñoz y Haro, el abulense de Mombeltrán, el de Manzanares el Real o los alcarreños de Establés, Torija, Guijosa, Pioz y Palazuelos resultan también referenciales de la tipología de este de La Calahorra. La vinculación de algunos de ellos con la familia Mendoza debe, presumiblemente, trascender el paralelismo en filiación. Así, el de Manzanares el Real o el de Palazuelos, erigidos por el marqués de Santillana, abuelo del marqués del Cenete, propietario asimismo del de Torija; o el de Pioz, en cuya construcción, iniciada por el cardenal Mendoza, pudo intervenir



[Plano A] Planta del castillo-palacio de La Calahorra. Piso inferior y entresuelo.
(Vicente Lampérez y Romea)

Lorenzo Vázquez bajo la dirección de Alvar González (Muñoz Jiménez, 2002; Ruiz Vázquez, 2014). La simplicidad geométrica del castillo calahorreño se ve alterada en el sector occidental con la adición, entre las dos torres, de un sobresaliente cuerpo rectangular.

Cupuladas y provistas de un cuerpo de matacanes sostenido por ménsulas, las torres prestan su singular fisonomía al castillo. No presentan el mismo diámetro, siendo más pequeñas las meridionales: 10 m. frente a los 13 de las septentrionales que por su emplazamiento topográfico resultan más vulnerables. Sobre el terrado de los cuatro cubos se alzan torres caballerías, una



Castillo de La Calahorra. Cortinas occidental y meridional
Torre caballera suroriental. Fotos: Miguel Ángel León

solución que ya aparece en el castillo mendozino de Manzanares el Real o en el de Barciense (Toledo). Siendo de sección más reducida que la de aquellos, permiten la existencia de un corredor anular que sirve de adarve y refuerza las defensas verticales del castillo. Los corredores de las torres septentrionales están cubiertos, exhibiéndose abiertos los opuestos, si bien los mechinales que se abren bajo la cornisa evidencian un tipo de cubierta diferente, quizá provisional y de madera.

Por encima del adarve, las torres incorporan espacios adicionales en sus pisos que, en las septentrionales, también más altas, cuentan con uno más: el superior correspondiente a la torre caballera y el situado bajo ella. Los usos que se les dieron están en consonancia con las necesidades de defensa, servicios y habitación del castillo-palacio. Así, en el interior de la torre caballera del cubo noroccidental, Gómez-Moreno González vio en 1891 un molino de viento y una piedra para moler el grano y, haciéndose eco de la tradición, situó una mazmorra en la base de esta misma torre. En la nororiental, conocida como «de la pólvora», identificó en su piso inferior una especie de brocal por donde se extraía el explosivo almacenado debajo.¹² Mientras que Lampérez en 1913 identificó, a partir de la presencia de un hogar, una cocina para tropas y sirvientes en su torre caballera. De otra parte, a nivel ya de los *cuartos* del

12. *Vid. Apéndice.*



Torre caballera septentrional. Foto: Miguel Ángel León

piso superior del palacio, el cubo suroriental incorporó funciones domésticas, como recámara del dormitorio del marqués, mientras que el suroccidental las tuvo defensivas con la apertura de una tronera en su interior.

Por lo demás, solo estas cúpulas de ladrillo que realzan los sólidos cubos domestican la férrea fisonomía de la fortaleza, singularizándola con unas tan elegantes como sorprendentes soluciones que sin precedentes en la arquitectura militar castellana prestan un italianizante aire al castillo, evocando soluciones de Leonardo y Francesco di Giorgio. Las cúpulas, junto con la regularidad y simetría con las que se abrieron las ventanas, apuntan a una intervención italiana ya en la propia arquitectura militar del edificio.

Exteriormente, la retórica del poder se despliega unívocamente, denunciando sin ambages el potencial bélico del señor feudal, su agresividad y capacidad de resistencia mediante una arquitectura militar que toma distancia respecto del castillo medieval. Ejemplares anteriores o contemporáneos, como el de Manzanares el Real o Vélez Blanco, exhiben un proceso de transformación de la fortaleza en palacio mediante la decoración de sus muros o su apertura mediante galerías o belvederes. Nada de esto encontramos en la fábrica exterior del castillo de La Calahorra, de gran austeridad, algo abstracta en su

rígida geometría, donde los volúmenes compactos y el grosor de sus muros desornamentados revelan intereses fundamentalmente ofensivos y defensivos. Sin prodigarse, las ventanas horadan con regularidad las cortinas del castillo satisfaciendo necesidades residenciales de iluminación y ventilación. Se abren en dos pisos en el cuerpo añadido de poniente, la parte más diáfana de la fortaleza, restringiéndose al piso superior en las cortinas oriental y meridional, donde se asoman los aposentos nobles del palacio. Están ausentes, sin embargo, del lienzo norte, el más desvalido y de más tradicional fisonomía castellana. La vulnerabilidad poliorcética que estos vanos introducen en los muros se

palia mediante oportunas rejas que, tupidas y de gruesos barrotes, ofrecen una eficaz resistencia al impacto de proyectiles. Un castillo, por tanto, deliberadamente opaco al deslumbrante palacio que encierra dentro, sin exteriorizar información alguna sobre el cortesano diletante, sobre sus intereses humanistas, sobre los vanguardistas intereses de su brillante comitencia, reservada exclusivamente para quienes disfrutaban del privilegiado acceso a su interior.

Por lo demás el castillo de La Calahorra constituye un interesante compendio de la poliorcética contemporánea y de su adaptación a las exigencias que reclamaba la generalización de las armas de fuego a mediados del siglo XV. Así la merlatura, más simbólica ya que operativa ante la moderna artillería, queda restringida a la más expuesta cortina septentrional y al antemuro o falsabraga que se levanta en el sector oriental; el engrosamiento y reducción en altura de sus muros, limitando el blanco y aumentando la resistencia. El alamborado o disposición en talud que adopta la base de la fortaleza para reforzar la



Torre caballera, interior.
Foto: Miguel Ángel León

estructura –solución recomendada por Alberti en *De Re Aedificatoria* (1452), Francesco di Giorgio en su *Trattato di architettura civile e militare* (1478-81) o Durero en su *Varia lección* (1527)– reduce los ángulos muertos, neutraliza el impacto de los tiros rasantes, impide el arrimado de las máquinas de asalto y provoca el rebote y consecuente arrollamiento de los proyectiles lanzados desde los adarves; asimismo, la amplitud de estos, especialmente el septentrional, muy necesaria para colocar artillería pesada; el avance de los cubos para satisfacer la defensa de flanco desde las oportunas aspilleras; la proliferación de troneras, con la construcción de la casamata y el refuerzo de un cubete artillado en el sector de poniente; la ausencia de foso, innecesario por el elevado y abrupto emplazamiento del castillo; y finalmente, la desaparición de la torre del homenaje, último reducto del señor del castillo, indispensable en los asedios con arma blanca, pero superflua con la generalización de la artillería. En tal sentido, resulta infundada la afirmación de que la torre nordeste puede aislarse y hacerse autónoma, sirviendo así como torre del homenaje (Cooper, 1991).